

## AFECCIONES DESORDENADAS<sup>1</sup> EN EL LIBRO DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

### 1. ¿QUÉ ES UN AFECCIÓN?

#### **Afección** (RAE)

(Del lat.  *affectio*, -ōnis).

1. f. afecto<sup>2</sup>.

2. f. Afición, inclinación, apego.

La afección en *lenguaje ignaciano*, no es otra cosa que el **poco o mucho amor** hacia una persona o cosa [184, 338]. Puede ser ordenado y por tanto estamos hablando de amor sobrenatural:

1<sup>a</sup> *regla*. La primera es que aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios, de forma que el que elige sienta primero en sí que aquel amor más o menos que tiene a la cosa que elige es sólo por su Criador y Señor. [184]<sup>3</sup>

O desordenado, o sea amor puramente humano; hablando de las *afecciones desordenadas* dice el P. Casanovas: San Ignacio da ese nombre al amor, poco o mucho, que tenemos a las personas o a las cosas<sup>4</sup> [184-188] del que a veces no nos damos cuenta, pero que en la hora de las deliberaciones nos inclina a un lado o a otro, despertando en nosotros *ganans, deseos* o *repugnancias* inspiradas por él desde lo más oculto del corazón donde se asienta.

**Quitar de sí todas las afecciones desordenadas**, es lo mismo que **ordenar los amores**, amando lo que se ama, en Dios y por Dios.

Hablando puntualmente del gusto de los sentidos, lo afirma San Juan de la Cruz con otras palabras<sup>5</sup>:

Cualquiera gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo. 1S 13, 4

### 2. IMPORTANCIA DADA POR SAN IGNACIO

San Ignacio es hombre de pocas palabras, pero éstas substanciales. El título mismo del libro y la primera anotación nos dicen ya el fin que se propone.

---

<sup>1</sup> Sigo casi a la letra al P. Ignacio Casanovas en su *Comentario y explicación de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, tomo I y II (textos entresacados de los dos tomos).

<sup>2</sup> Afecto 1. m. Cada una de las pasiones del ánimo, como la ira, el amor, el odio, etc., y especialmente el amor o el cariño.

<sup>3</sup> Segundo modo para hacer una buena y sana elección; la [338] está en las reglas para distribuir limosnas y dice prácticamente lo mismo.

<sup>4</sup> Entiéndase “amor” no por amor a Dios, como se clarifica leyendo el punto que cita, el 184.

<sup>5</sup> En definitiva todo el camino de “negación” (de las “nadas”) del cual habla el Santo, no se refiere a otra cosa que a esto que venimos diciendo, “nada” que no sea como medio para llegar a Dios.

Dice el título: «Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por *afección alguna* que desordenada sea» [21]; la primera anotación da una definición de las palabras «Ejercicios espirituales» diciendo que son «todo modo de preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las *afecciones desordenadas*, y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánimo» [1]. El fin, pues, de los Ejercicios tiende a dos cosas: en primer lugar a «vencer a sí mismo» y en segundo a «ordenar su vida».

Vemos entonces que aunque de un modo negativo, las afecciones desordenadas ocupan un lugar prominente en los Ejercicios Espirituales del Santo de Loyola, ya que por algo las cita de modo tan unido al fin que persiguen todos los ejercicios. Casanovas, comentando la nota 16ª va a decir: La anotación dieciséis es esencialmente ignaciana. Es principio inconcuso de San Ignacio que nuestras afecciones desordenadas son **el único estorbo que Dios halla en nosotros para darnos a conocer su santa voluntad**, y que las mismas son las que impiden o perturban la acción inmediata de Dios con sus criaturas y de éstas con Él. Y de modo análogo lo dice en otros lugares de su obra.

### 3. DISTINCIÓN DE ORDENADO Y DESORDENADO

Citamos aquí varios textos del P. Casanovas que repiten un poco la misma idea; lo hacemos porque siendo iluminada de distintos ángulos puede presentarse más clara la verdad que buscamos.

Conviene fijar detenidamente la atención en lo que a San Ignacio le sirve de punto de vista en los Ejercicios, para **distinguir lo ordenado de lo desordenado**.

Hablando del fin general de los Ejercicios, dice Casanovas que es **desordenado**, a juicio del Santo, no tan sólo lo pecaminoso, sino también lo que siendo de suyo indiferente o bueno, no obedezca recta y puramente a razones del servicio y amor de Dios.

Desorden es, y por tal ha de ser tenida, cualquier desviación positiva o negativa de aquella ley del orden conocida y tomada en toda su perfección (el Principio y Fundamento). Éste es ideal de Dios; que sigamos y tomemos solamente lo que nos lleva al fin; en tanto y cuanto nos conduce al fin; lo que con mayor seguridad nos lleva al fin sobrenatural, pero puesta la mirada únicamente en su razón de fin. Por consiguiente, será acción desordenada la que no busca puramente el fin o no se atiene a la medida del tanto cuanto, aunque la cosa de que se trata no sea de sí prohibida por la ley de Dios bajo ninguna clase de culpa, ni grave ni leve.

El desorden será aún mayor, si la cosa es objeto de alguna ley divina, preceptiva o prohibitiva. En aquellos mandamientos de Dios que no son puramente positivos, sino que tienen fundamento en la materia misma a que se refieren, concebimos, siguiendo nuestro modo de pensar, un desorden anterior al precepto o prohibición divinos, desorden que es el fundamento mismo de la ley, puesto que Dios manda lo que manda porque es ordenado, y prohíbe lo que prohíbe porque es desordenado. Quiere, pues, San Ignacio, que tratando de pecados lleguemos hasta este desorden

radical y que lo detestemos por su misma fealdad y malicia. Cuantos se acostumbren a mirar las cosas penetrándolas hasta lo más profundo, estarán ciertamente muy lejos de quebrantar o echar en olvido ley ninguna, divina o humana que prohibiendo algo, hace que esto sea formalmente pecado.

Algunos **ejemplos** que él mismo trae aclaran del todo su pensamiento. Un eclesiástico se siente movido a buscar un beneficio «no por el honor y gloria de Dios nuestro Señor, ni por la salud espiritual de las ánimas, mas por sus propios provechos e intereses temporales» [16]. «Muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin... Éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas, y por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin» [169]. Otro tiene oficio de repartir limosnas y se siente «inclinado y aficionado a algunas personas a las cuales quiere distribuir» [342], de forma que aun tratándose tal vez de los mismos pobres, no se mueve a ello principalmente por el mayor servicio de Dios, sino por su afición hacia aquellas personas. Un hombre ha adquirido o conserva cierta cantidad de dinero, justamente y sin la menor ofensa de nadie, pero no con aquella tan pura intención que sólo mire al servicio de Dios [150].

Sería bueno aquí poner pasar por este tamiz nuestros anhelos, deseos, querer...

Realmente es digna de consideración esta nomenclatura de San Ignacio. En lenguaje corriente, tenemos por pecaminoso lo que claramente es pecado, o al menos es ocasión o tentación que nos lleva al pecado. Pero el Santo es mucho más exigente y califica de desordenado o simplemente de desorden, a toda **acción, deliberación, afición o inclinación** que directa y plenamente no se conforme con las normas primarias y últimas del servicio de Dios.

Partiendo de la base cierta de que todos hemos sido creados para un fin supremo, absoluto y único, saca San Ignacio la conclusión siguiente: el **orden** está en que ese fin impere siempre y sin limitación de ningún género en todas nuestras acciones; y el **desorden**, en que alguna de ellas no se dirija con la mayor *intensidad* y *pureza* posibles a ese mismo fin. En consecuencia debe tenerse por **desordenada** toda **acción, deliberación, afición o inclinación** que no se encamine a ese fin último *pura* y *simplemente*, o lo haga sin la *intensidad* que pide la luz que el alma tiene recibida de Dios en aquel momento.

Será desordenado todo lo que ***le arrastre al aprecio y uso de las personas y de las cosas, por motivos bien diferentes de la gloria de Dios y de la salvación del alma, o por otros que derechamente no conocen ni vienen a parar a este fin supremo.*** Ésta es la mente y éste el lenguaje ordinario de San Ignacio en sus Ejercicios.

Invito de nuevo al lector a una reflexión profunda. Aquí, **desorden** no quiere decir propiamente pecado, sino *carencia de perfección*, y por lo tanto San Ignacio en los Ejercicios nos llama a la más alta perfección y santidad. Y esto por **dos razones**; en primer lugar porque lo está pidiendo la cosa misma, y en segundo porque esa perfecta ordenación de nuestras aficiones, la toma él como preparación para otro fin mucho más alto, cual es buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida y de todas las otras cosas particulares. Quien así disponga su voluntad, bien

purificada de todas las aficiones desordenadas, puede vivir confiado en que Dios le hablará o le dará a conocer cuál sea su santa voluntad.

#### 4. EL TRABAJO DEL EJERCITANTE

Justamente en la lucha contra estas afecciones se encuentra la medida de la **generosidad del ejercitante**. Comentando la nota 16<sup>a</sup> dice el P. Casanovas: este ejemplo y las palabras con que lo expone el Santo, nos quitan toda duda sobre lo que él quiere decirnos, cuando nos repite e inculca, que nuestro deseo al entrar en Ejercicios, sea generoso con Dios Nuestro Señor. De donde resulta, que el coraje hay que guardarlo para hacer frente a las tentaciones, y fantasmas del enemigo; y generosidad para ir contra las afecciones desordenadas de nuestro propio corazón.

COMENTARIO (A LA ANOTACIÓN 1<sup>a</sup>). ... Con esto quedan perfectamente determinadas las **tres partes** que corresponden a nuestra actividad, a saber: **1<sup>a</sup>**, preparar nuestra alma y disponerla para quitar las afecciones desordenadas; **2<sup>a</sup>**, quitar de hecho las tales afecciones; **3<sup>a</sup>**, una vez logrado el propósito, buscar y hallar la voluntad divina. Nótese que las tres cosas son del todo necesarias en los Ejercicios típicos de San Ignacio y que ninguna de ellas puede faltar.

Además, las tres han de practicarse según el orden señalado sin que éste se pueda variar o invertir; pues tan absurdo sería querer buscar la voluntad divina sin quitar antes las afecciones desordenadas, como pensar en lograr esto último prescindiendo de la preparación y disposición que ello requiere.

Las dos primeras, disponer el alma para quitar las afecciones y quitarlas efectivamente encierran el “vencerse a sí mismos” que pide San Ignacio. El hombre consta de dos partes, **una espiritual** y la **otra material**, y para que se pueda decir con toda verdad que se ha vencido a sí mismo, es necesario que las tenga dominadas a las dos. La **voluntad es la parte espiritual**, y de ésta se dirá que ya está vencida sólo cuando el hombre prepara y dispone su alma para quitar de sí todas las *afecciones desordenadas* [1], y luego, de hecho las quita. **La parte material** consta de muchos elementos que San Ignacio indica cuando dice que la penitencia se hace para que «la sensualidad obedezca a la razón y todas partes inferiores estén más sometidas a las superiores»; y esto dice que es «vencer a sí mismo» [87].

**Para quitar las afecciones desordenadas deberá** pues trabajar con el mayor empeño para **desarraigar ese amor** que en el estado de nuestra caída naturaleza, nos es natural y nos lleva a lo malo y peligroso. En esto no nos hemos de detener hasta tanto que lleguemos a **aborrecerlas**<sup>6</sup>; pasando después más adelante aún, hasta despojarnos del amor a las mismas cosas inocentes o buenas, cuando a ellas no nos mueva el agradar al Señor, sino que las buscamos o las queremos guardar movidos por motivos naturales y humanos, no puramente por el mayor servicio de Dios y provecho espiritual de nuestras almas. Sin duda apunta muy alto San Ignacio...

Si el hombre no ha echado de sí semejantes afecciones, que no intente buscar, ni mucho

---

<sup>6</sup> Fin de la primera semana.

menos hallar la voluntad divina en la disposición de su vida y en las demás cosas, porque como agudamente lo apunta San Agustín, *amor meus pondus meum*, el peso de esas afecciones inclinará de un lado la balanza de la deliberación aun sin darnos nosotros cuenta de ello.

Incluso en el caso de un religioso que con permiso de un superior acceda a hacer algo que le atrae mucho, o por el contrario por obediencia lleva adelante alguna actividad que le repulsa demasiado, en ambos casos deberá cuidar de hacer *sólo* y *cuánto* le conduzca al fin. En el caso de que le atraiga lo que hace, si no vigila fácilmente podrá por ej. tomar más tiempo de lo necesario, o demasiadas energías, o solicitud (pensar demasiado en eso)<sup>7</sup>. Si le repulsa, de no estar atengo hará justamente lo contrario: dedicar menos tiempo del necesario, energía, etc.

COMENTARIO A LA 16. – Dado, como está dicho más arriba, que las afecciones desordenadas son el único estorbo que Dios halla para mostrarnos su voluntad, consiguientemente ordena que mientras el hombre descubra en sí alguna de ellas, aplique todas sus fuerzas a vencerla del todo, echando mano de la gran estrategia de hacer el *oppositum per diametrum*; es decir, de inclinarse resueltamente a la parte contraria para llegar de este modo al justo medio.

Para esto se ha de servir de **actos de voluntad muchas veces repetidos y de oraciones fervorosas** (de mucho servirán los nn 16; 157), poniendo de su parte la conveniente disposición para que venga Dios a él y con su suave y poderosa gracia le imponga su amor clavando de modo inmutable en su alma el deseo purísimo de buscar sólo la gloria y servicio de su Señor.

En el diario vivir el *oppositum per diametrum* no es otra cosa que aquello de San Juan de la Cruz:

Procurar siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso. No a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino a lo que no da gusto. No inclinarse a lo que es descanso, sino a lo más trabajoso. No a lo que es consuelo, sino a lo que no es consuelo; no a lo más, sino a lo menos. No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado. No a lo que es querer algo, sino a lo que no es querer nada. No andar buscando lo mejor de las cosas, sino lo peor, y traer desnudez y vacío y pobreza por Jesucristo de cuanto hay en el mundo<sup>8</sup>.

Volviendo a los Ejercicios Espirituales, al encontrar en el ejercitante una afección desordenada el **Director** no debe atenerse a la reserva o indiferencia que se le recomendaba en la anotación 15<sup>añ</sup>; antes cumpliendo con la fidelidad que debe tanto a Dios como al ejercitante, procure moverle a luchar contra la afección desordenada, exhortándole y prestándole cuanta ayuda pueda para arrancar de cuajo aquella mala raíz.

Poco importa que la cosa de que se trata no sea en sí mala, cual acontece con el ejemplo del oficio o beneficio de que aquí habla San Ignacio; basta con que se quiera, la cosa mirando a su provecho e interés temporal y no simplemente a la honra y gloria de Dios nuestro Señor y a la salud espiritual de las almas.

---

<sup>7</sup> Decía un sacerdote: cuando en una casa de familia me siento muy cómodo, ya entro a vigilarme...

<sup>8</sup> *Subida al monte Carmelo, L1 cap. 3*

<sup>9</sup> No mover al ejercitante a pobreza o promesa, etc.

Doctrina es ésta tan contraria a lo que da de sí nuestra pobre naturaleza y tan opuesta a las máximas que hoy triunfan o toman carta de naturaleza entre las gentes tenidas por buenas y espirituales, que deberá ser muy grande el trabajo del Director para explicar debidamente, los fundamentos solidísimos donde la asienta San Ignacio, y descubrir el veneno que se oculta en la doctrina contraria, capaz de matar todo el bien espiritual que se pretende sacar de los Ejercicios.

## 5. HASTA DONDE PODEMOS LLEGAR CON NUESTRO TRABAJO

La raíz y fuente de estas afecciones desordenadas, es nuestra misma naturaleza caída por el pecado; por eso no está en nuestras manos quitar las causas de las mismas; pero sin duda es uno de los grados de la vida espiritual llegar a corregir ese desorden radical poniendo orden en aquel nuestro amor, e **impidiendo que esas afecciones desordenadas del corazón oscurezcan la luz de nuestra inteligencia adelantándose a ella, o perturben la ordenada determinación de nuestra voluntad.**

Quitar de sí todas las afecciones desordenadas es vivir la santa indiferencia. Dice el P. Casanovas: sabemos también que para poder poner en práctica esta regla de orden, es necesaria una labor anterior que nos haga indiferentes con una *indiferencia de voluntad*, de *inclinación* y de *afección* que quite de nosotros todas las afecciones desordenadas.

¿Hasta qué punto podemos llegar a ser indiferentes? Puede servir en este sentido lo que refiere el P. Mauricio Meschler<sup>10</sup>:

La indiferencia puede ser *esencial o accidental*; en otros términos, indiferencia de voluntad o indiferencia de inclinación. La *indiferencia esencial* es la disposición constante de la voluntad, en virtud de la cual en la elección y en el uso de las criaturas no nos determinamos por el atractivo o la repulsión que ellas nos inspiren, ni por la natural afición o repugnancia que sintamos hacia ellas, sino que a su vista quedamos naturales, sin inclinarnos con la voluntad a un lado ni a otro y suspendemos nuestra elección, mientras en ellas no veamos algo más que su natural atracción o repulsión con respecto a nosotros<sup>11</sup>. En eso consiste la indiferencia. Su ejercicio, por lo tanto, es algo negativo; no elegir nada, con nada abrazarse, nada rechazar, en una palabra, no proceder a ningún acto electivo con respecto a las criaturas guiándose únicamente por la atracción o repulsión de ellas sin atender al fin. No es otra cosa lo que entiende San Ignacio por la indiferencia; así se desprende de las palabras que emplea al describirla: “es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío...” [Que] Tiene, por lo tanto, su asiento esta indiferencia en la voluntad y debe estar sometida a nuestra libertad, salta a la vista cotejando los lugares paralelos, en que San Ignacio habla de la indiferencia, como son: la anotación 16; el segundo grado de humildad, donde

---

<sup>10</sup> Jesuita, conocido comentarista de los Ejercicios Espirituales; citado por el P. Hurtado y de quien casi a la letra el P. Casanovas toma su comentario a la “Aplicación de sentido”.

<sup>11</sup> San Ignacio explica en otro lugar esa disposición de la voluntad con una semejanza muy propia y sensible, comparándola con el fiel de la balanza, que no se inclina ni a la derecha ni a la izquierda. Esta es la indiferencia de voluntad (primer modo de elección p. 2). El R. P. Roothaan declara la naturaleza de esta indiferencia (Explanat. Fundam. IV concl. Práctica a lin 2) por la respuesta que todo hombre formal daría a esta pregunta: “qué quiere Ud. más, vivir mucho o vivir poco? El contestará: “lo uno y lo otro me puede dañar o me puede ser útil para mi salvación; mientras no vea claro lo que me conviene, no digo nada”.

San Ignacio hermana la indiferencia con el aborrecimiento eficaz y habitual de todo pecado venial deliberado; el aborrecimiento tenaz y constante, que no es posible sin aquella indiferencia; finalmente las reglas sobre la elección (punto 2º del primer modo).

La *indiferencia accidental* no consiste en sentir o no sentir en nuestro interior los efectos del sentimiento natural, a la atracción o repugnancia, sino en moderar poco a poco esos impulsos, en combatir la pujanza y demasías de esos sentimientos naturales, de tal suerte que no nos pongan obstáculo ni peligros serios en la lección y uso de las criaturas. La sensibilidad no está, como la voluntad, en nuestra mano, de modo que podamos inclinarla a donde nos plazca, y así hemos de contentarnos con sobreponernos a ella y no establecer una distinción tan marcada en nuestra apreciación sobre las criaturas, siendo así que todas ellas convienen en no ser más que medios. Si procedamos con seriedad, podemos y aún debemos llegar ahí. Motivos y medios suficientes para conseguirlo, nos sobran [...] Lo que hace falta son esfuerzos generosos y voluntad decidida.

Es de suma importancia fijarse en la diferencia que hay entre la indiferencia de voluntad y la indiferencia de inclinación, y en lo que se exige en cada una de ellas. De lo contrario hay peligro de imaginarse, al oír hablar de la indiferencia, un grado de perfección tan alto que nos espante; siendo así que, según la hemos descrito, está al alcance de cualquiera que cuenta con un poco de buena voluntad<sup>12</sup>.

## 5. EN MANOS DE DIOS

Es tan alta la perfección de que estamos hablando, que podría parecer cosa del todo imposible poderla alcanzar en los pocos días que duran los Ejercicios. Ya San Ignacio dice de éstos, y muy acertadamente, que son «modos de preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas» [1], y espera **una gracia de Dios** que responda, así a lo extraordinario del fin que se propone el ejercitante, como a los medios que pone en práctica para alcanzarlo. Que semejante esperanza del Santo no puede ni debe tomarse por presunción ni engaño, lo ha demostrado más que suficientemente la historia de los Ejercicios. El Padre Nadal nos habla de «la gracia de los Ejercicios» teniendo de ella el mismo concepto que tenemos de «la gracia de estado o la gracia de la vocación».

Poder llegar a semejante estado, es un don especialísimo de Dios y una creación nueva del Espíritu Santo – *emitte Spiritum tuum, et creabuntur* –; y lo que en este punto se propone San Ignacio en sus Ejercicios es, que nosotros nos preparemos y dispongamos para que Dios obre en nosotros tal maravilla, seguros de que Él suplirá lo que falte. Solía decir el Santo, que **hay pocos hombres, y tal vez ninguno, que comprenda bien cuánto estorbo ponemos a Dios, y cuánto obraría Él en nosotros si no le pusiéramos impedimentos**. Nuestro Señor le reveló a Santa Catalina de Génova: **“Yo haría Santos a todos si se dejaran trabajar”**<sup>13</sup>.

Claro es que **la gracia divina** ha de obrar mancomunadamente con estas nuestras actividades,

---

<sup>12</sup> P. MAURICIO MESCHLER, S. J., *Comentario a los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Editorial Difusión, Buenos Aires, (1940), pp. 52-53

<sup>13</sup> ANTONIO DE MONTERROSO O.F.M. CAP, *Estado Religioso y la Santidad*, Bs As 1967, p. 487.

pero es mayor éxito suyo crear en nosotros un alma nueva, desnuda de afecciones desordenadas tal vez antiguas, y ponerla en camino de hallar con seguridad la voluntad divina.

A la Santísima Virgen le pedimos...

*P. Gustavo Lombardo, IVE*